

la comunidad



la comunidad

MISIONEROS OBLATOS DE MARIA IMMACULADA

Queridos amigos:

El capítulo general de 1972, me ha confiado el mandato de acentuar, en un mensaje a la Congregación, « nuestra voluntad de revitalizar nuestras comunidades apostólicas ». La carta que sigue, es un esfuerzo modesto, para cumplir ese mandato. Quiera Dios que sea una contribución eficaz, para la renovación de nuestras comunidades apostólicas, en el servicio de Dios.

Richard Hanley, omi
17

Superior general

12 de Octubre de 1972.

LA COMUNIDAD

Queridos amigos:

Esta carta, es nuestra respuesta a la demanda del Capítulo. Quisiera ella, reavivar la confianza en la comunidad oblata. Misión y comunidad, eran dos cosas inseparables en el pensamiento y los designios de Mgr. de Mazenod, y han persistido firmemente unidas, en toda la historia de la Congregación. El último Capítulo, lo ha vuelto a afirmar « Sin comunidad apostólica, la perspectiva misionera, es solo un espejismo ». Por otra parte, la encuesta sociológica, ha revelado que del 75 al 90% de los

Oblatos, juzga que la vida de comunidad es esencial a nuestro género de vida y a nuestro compromiso apostólico. Quisiéramos alentar nuevas experiencias de vida comunitaria, suscitar y apoyar el empeño de una vida mas fraternal, si por ventura se hubiese entibiado.

I. LA COMUNIDAD OBLATA HOY

1. Para un gran número de Oblatos, la situación actual, se caracteriza por la inseguridad. Esto les causa una cierta angustia. La mayor parte de los antiguos elementos de nuestro estilo de vida, han desaparecido: reglamento cotidiano, en que se incluían tiempos fijos de oración; presencia física de numerosos oblatos bajo un mismo techo; separación estricta del mundo; insistencia en las relaciones verticales del súbdito con el Superior; un reglamento, una Regla. Por no encontrar ya esos elementos, muchos de nuestros Oblatos mas anti-

Inseguridad

guos, se encuentran como perdidos. Sufren por esta situación, porque, habiendo experimentado los beneficios de esas estructuras, les han atribuido siempre, un gran valor.

Por otra parte, muchos Oblatos, entre los mas jóvenes, andan buscando un nuevo estilo de vida, que se caracterice por un empeño personal, mas profundo. Lo que quieren valorizar en primer lugar, es la espontaneidad el compartimiento de las experiencias espirituales, mas bien que el orden exterior y la conformidad a una regla.

Les molesta todo lo que puede parecerles artificial, impersonal, o que tienda a subordinar la persona al sistema.

2. Hoy día se hacen ensayos, en direcciones bien diversas.

Las grandes comunidades, se deshacen, y se las reemplaza por nuevas reagrupaciones de comunidades plurifuncionales, en cuyo interior, grupos e indivi-

duos, están empeñados en apostolados diferentes.

En ciertas provincias, se deja a cada cual la libertad de unirse al grupo de tendencia misionera que le guste, y hasta no pocos Oblatos, han dejado la comunidad tradicional, para vivir entre las gentes a cuyo servicio, han sido enviados.

Muchas comunidades, se abren mas y mas a los demás religiosos, a los sacerdotes diocesanos y a los colaboradores laicos.

Aunque esta evolución de ahora, ofrezca indudables ventajas, hemos de reconocer, sin embargo, que por mor de ella un buen número se encuentra desorientado, por poner en tela de juicio, la forma precisa que debe tener nuestra comunidad oblata.

9. Esta situación es perjudicial para nuestra vida misionera, porque es manantial de inquietud y desdicha. El Consejo ge-

neral, se da perfecta cuenta de ello. Bien quisiéramos nosotros remover totalmente estos obstáculos, pero ello no está en nuestro poder. Estamos convencidos, de que la renovación de la comunidad, no puede venir simplemente de una carta, sino de un esfuerzo largo y perseverante. No puede haber renovación sin el esfuerzo personal y colectivo de todos. Nuestras dificultades presentes, respecto de la comunidad, son el reflejo de un fenómeno universal, que afecta a toda la sociedad moderna lo mismo que a la iglesia. Nuestra comunidad oblata, no vive aisladamente. Está inmersa en un movimiento mas amplio de búsqueda de vida en común, en el mundo y en la Iglesia.

Estos problemas de comunidad, interesan al Oblato, a doble título: por un lado, porque su tarea misionera y pastoral, consiste en engendrar y alimentar comunidades humanas y cristianas, y por otro, porque el medio en que vive

su vida religiosa, es la comunidad. Solo se puede, pues, abordar y resolver los problemas de la comunidad oblata, situándolos en el contexto mas amplio de nuestra tarea misionera, que es trabajar por la formación de comunidades. Lo que se espera de nosotros, es saber bien discernir los signos de los tiempos y tomar en serio el mensaje del Evangelio. Guiados por estos dos hitos, podemos entregarnos con confianza a la tarea de dar a nuestras comunidades, un estilo de vida concorde con las necesidades de hoy, capaz de encarnar, en una forma actual, nuestra vocación para la misión y la comunidad.

II. RETO DEL MUNDO Y DE NUESTRA FE

4 - La mayor parte de los contactos que en la sociedad moderna tienen los hombres, son superficiales y esporádicos.

**Signos de los
tiempos**

Sabe muy bien el hombre, que su vida está troquelada por fuerzas sociales harto fuertes, para que pueda él dominarlas. Estas fuerzas, que son las dueñas del mundo, son: el dinero, el ansia de poseer, el poder, el abuso del placer. La sociedad de consumo y los poderes que rigen nuestra civilización urbana, no dan cabida o muy poca, a « los pequeños de la tierra », los pobres, los oprimidos, los marginados, y los que carecen de medios económicos y de posición social. El resultado es que el hombre de hoy, se encuentra en una situación de alienación, aislamiento y neurosis colectiva. Están amenazadas su seguridad y su identidad; de ahí que que sea ilusoria la búsqueda de la posesión material y del prestigio social.

5. Nuestros contemporáneos, se yerguen contra esta sociedad, tanto en el Este como en el Oeste. Desean reanimar los grandes valores que la comunidad ha colocado siempre en primer lugar.

Toda persona quiere ser acatada como tal; tiende a defender su **identidad** y a llevar hasta su desenvolvimiento pleno, lo que constituye su riqueza propia.

Cada persona, anhela sentirse útil y **aceptada** por los demás, en aquello que tiene de único e individual. Desea estar al abrigo de las fuerzas hostiles buscando la protección mas o menos segura de la comunidad.

Cada cual, quiere compartir lo que posee: talentos, educación, sentimientos bienes materiales. Cada cual desea compartir lo que es, en una comunión profunda de los valores. Cada uno desea compartir la responsabilidad de los grupos de que forma parte, participando en la elaboración de las decisiones. Además de su identidad personal, los miembros quieren una identidad de grupo.

Digamos como resumen de todo lo dicho, que los miembros anhelan profundamente realizar experimentalmente, la **unificación** de sus vidas.

Unión en Cristo

6. La médula de la Buena Nueva que Jesús ha proclamado, es que la comunidad es necesaria y posible entre los hombres. El Reino que El ha inaugurado, es aquel donde las relaciones entre los hombres, no están cimentadas en el temor, la violencia, la injusticia, sino en el amor. Y Jesús, debía morir « para congregarse en la unidad a todos los hijos de Dios dispersos » (Ju. 11, 52). En Pentecostés, envió su Espíritu para que fuera el artífice de la unidad entre los hombres. ¿No se ve, por ventura, en la Iglesia naciente, cómo nacen espontáneamente, comunidades, como elemento esencial de la experiencia cristiana (Act. 2, 42... 4, 32...)? ¿No es acaso la misión de la Iglesia, congregarse sin cesar? Cristo quiere que viviendo juntos, pese a las dificultades que esto acarrea, manifestemos que su amor y su Espíritu son más fuertes que todas las fuerzas disgregadoras. Quiere que hagamos patente por nuestra vida, que la

liberación del hombre, ha comenzado ya.

7 - La vida fraternal, significa para nosotros, una experiencia de salvación. En la base de nuestra comunión fraterna, está la aceptación de la pobreza espiritual de Cristo y el deseo de compartir nuestras vidas con los demás, como Cristo comparte su vida con nosotros. Su mandamiento, es que « nos amemos los unos a los otros ». Donde hay amor, hay comunidad; donde hay comunidad, está también la salvación. Ciertamente que la salvación, no se ha realizado aún plenamente, y no debe ilusionarnos el estilo idílico de los Hechos. Pero nosotros estamos llamados a seguir a Cristo, que nos impulsa siempre hacia nuestros hermanos y nos impele a seguir con ellos por el mismo camino. La comunidad puede quebrarse por las separaciones y los desacuerdos, pero puede también levantarse, hasta el perdón y la reconciliación.

**Una experiencia
de salvación**

Tal es su itinerario normal y la base de nuestra esperanza.

8 - De esta manera, podemos manifestar al mundo que el resorte de nuestra vida es la unidad que Cristo nos da, de la cual somos testigos. Es un signo para que el mundo pueda creer (jn. 17, 21). Sin pretender ser dechados para los demás, queremos ser, con toda sencillez y con firmeza, « un signo de los discípulos » (Jn. 13, 15).

Porque estamos convencidos del poder del amor de Cristo, mas fuerte que todo egoísmo y toda apetencia, podemos denunciar los falsos dioses del mundo: dinero, poder, explotación. Lo hacemos por nuestro modo de vivir no apoyándonos sobre nuestras propias fuerzas, sino porque, con Cristo queremos vivir de una manera radical, su pobreza y su disponibilidad total (lc. 9, 57-62).

9 - Un misionero, no es un testigo silencioso. La orientación de la comunidad, es apostólica.

Jesús ha congregado en torno a sí, una comunidad de discípulos, para fundar un nuevo Israel. Después de Pentecostés, se van formando grupos apostólicos. Surgen comunidades apostólicas, en el mundo mediterráneo. S. Pablo insiste sobre el vínculo que debe existir entre misión y comunidad. No puede concebir una comunidad auténtica, sin su perspectiva misionera (1 Tes. 18, y ss). No puede hablar de misión, sin evocar la comunidad. El mismo, no se presenta nunca solo; lleva siempre un equipo (Col. 4, 10-14). A no dudarlo, tenemos ahí un modelo para nuestra tarea misionera.

III. QUE HEMOS DE HACER?

10 - Ante todo adoptar una actitud positiva, y evitar las lamentaciones inútiles. Dios nos llama a vivir la vida de

**Libertad para
descubrir el
desarrollo personal**

hoy día; hagámoslo con alegría y confianza. Teniendo en cuenta el reto que nos llega del mundo y de nuestra fé, hemos de discernir los elementos fundamentales que debemos destacar en nuestra vida en comunidad.

11 - La comunidad, no es un círculo clerical, o un refugio contra miradas indiscretas, no mas que un albergue o lugar de descanso.

Es una comunión viviente de personas, en un clima donde cada cual se desarrolla y se realiza. Que los Oblatos vivan juntos, o dispersos en un distrito, su presencia en la comunidad, debería ser para ellos, una ocasión de desarrollar y perfeccionar su vida de hombres, de cristianos y de misioneros. Cualquier tipo de estructura comunitaria, que sacrificara a la persona en aras a cualquier cosa exterior o extrínseco a sí misma, no puede ser verdadera comunidad, porque la persona humana es « el fin de

todas las instituciones » (Gaudium et Spes, n. 25.)

12. No puede haber desarrollo, si no se respeta el valor propio de cada uno, o su libertad de responder a las gracias y los dones personales. Indudablemente, estamos ligados por votos, y como comunidad, hemos aceptado responsabilidades que nos obligan a tener siempre en cuenta el bien común. Pero nuestra obediencia, no nos condena a la pasividad. El Espíritu, suscita centros de interés diverso, en el interior de la comunidad. Debemos responder a esas invitaciones en un clima de libertad, aunque ello acarrée cambios radicales. Pueden surgir tensiones en nuestras instituciones o en los compromisos que hemos aceptado. No hemos de concluir de buenas a primeras que es la libertad del individuo la que debe ceder. Es mas bien toda la comunidad, unida al Superior la que debe buscar una solución, en la oración, el diálogo, el discer-

nimiento de los espíritus, una revaloración de nuestros compromisos y una apreciación realista de las necesidades y de nuestras posibilidades de enfrentarse con ellas.

13. Comunidad, debe significar un tejido de relaciones en las cuales todos se sienten a gusto. Esto significa que se nos acepta tal cual somos. La caridad de que tanto hablamos como vínculo de union, apenas merece llamarse tal, si permanece fría, distanciante o intermitente, siempre lista para reticencias y críticas negativas.

¿Nos aceptamos realmente, si no hay « calor humano », afecto mutuo en nuestras relaciones y nuestra manera de participar? Sin dejar de reconocer a cada cual el derecho a un minimum de vida privada, muchos oblatos desean un calor humano que va mas allá de la simple sociabilidad; muchos anhelan un tipo de relaciones, que les sostenga en sus dificultades, les interpele en sus

convicciones, perdone sus faltas y les provea esa parte de oposición que es lo único capaz de hacer aflorar lo que hay de mas auténtico en ellos. En resumen, el individuo se desarrolla gracias a la vida de comunidad, gracias a la acción mutua, de unos sobre otros, en el plano humano y espiritual.

14. No se trata de ir creando comunidades como copias de un mismo cliché. Pueden ser diferentes en su estilo de vida, sus trabajos y sus estructuras según las necesidades apostólicas o los deseos de las personas. Lo que importa es que cada individuo, se sienta en la Congregación, como en su casa. Todos deben saber que pueden contribuir a promover los valores de comunidad. Es cierto que los Oblatos mas experimentados, tienen mucho que dar del caudal adquirido en los años de vida consagrados a la misión. Los jóvenes tienen tambien su modo particular de ver las

Simplicidad y participación

cosas, y deben saber que se les acoge con gozo.

Puede, pues, haber comunidades que responden al tipo tradicional, otras formadas por hombres que realizan el mismo trabajo y comparten los mismos sentimientos y los mismos valores, otras pueden ser multifuncionales. Cualquiera que sea el tipo de comunidad, cada cual debe esforzarse por recoger el reto del mundo y de nuestra fé.

15. Tenemos una necesidad perentoria de adoptar en estilo de vida, sencillo. ¿No ha sido merecido, el sambenito de institucionalismo excesivo, con que se ha motejado nuestro género de vida? Si somos incapaces de hacernos pobres de hecho, mas bien que de espíritu, ¿no podemos, al menos ser mas sencillos en nuestra manera de vivir? Esto es indispensable si queremos, si tenemos a pecho el manifestar el desprendimiento de las cosas materiales, único remedio del materialismo que todo lo invade.

16. El reparto de bienes, es una costumbre que remonta a los orígenes del cristianismo. El Capítulo ha hablado del reparto a nivel general y nosotros acabamos de tomar las medidas para poner por obra esta directriz y profundizar el grado de reparto entre las provincias y las regiones. Llegado el momento de traducir en hechos esta participación hemos de tener presente en el espíritu, que debe realizarse sobre todo con los pobres y los mas necesitados. Hemos de resistir a la tentación de gastar la mayor parte de nuestros recursos, para nosotros mismos y nuestras instituciones. Si nuestros recursos y nuestras instituciones están abiertas a las necesidades de las comunidades que nos rodean, y si se ponen francamente a su disposición, no suscitaremos la envidia, y nuestros bienes y nuestras instalaciones, serán utilizadas en la línea de nuestra perspectiva misionera.

17. Según la encuesta sociológica, el 76% de los Oblatos, dan un gran valor a la oración en comunidad. Otros estudios, completan esta comprobación, y muestran al mismo tiempo que hay muchos insatisfechos de nuestra manera de orar o de no orar juntos. Todos deben comprender que uno de los momentos mas intensos de la existencia de la comunidad apostólica, es aquel en que, reunidos, se vuelven al Señor para indagar su voluntad, cantar sus alabanzas, implorar su perdón y pedir la fuerza de de continuar sirviéndole. Ha habido toda una evolución en las formas de orar, ya se trate de la liturgia ya de otras plegarias. Está conquistando el puesto de honor, la concelebración litúrgica con la reflexión evangélica participada en grupo. Sea como sea, merece ser alentada. Otros, además, han descubierto el valor de las sesiones de oración, que en su esencia, consisten en reflexiones sobre el evangelio; otros se encuentran muy a gusto, en las reunio-

nes carismáticas, o en intercambios de apostolado que desembocan en la oración. A parte de la liturgia, ¿no deben nacer de la vida de la comunidad, las restantes formas y tiempos de oración? Lo absolutamente necesario, es que la comunidad continúe siendo una comunidad orante. Para ello, cada uno debe ser un hombre de oración y cultivar una sana relación personal, con Dios.

IV. DE CARA AL PORVENIR

18. Mucho se ha hablado, antes y durante el Capítulo, de nuevas formas de pertenecer a la comunidad. Las discusiones no han sido lo suficientemente conclusivas, para poder ofrecer orientaciones precisas. Dos cosas hay que distinguir cuidadosamente:

- a) nuevos estilos de vida de comunidad oblata
- b) nueva manera de pertenecer a la Congregación o de colaborar con

**Nuevas formas
de comunidades**

ella, que no implican necesariamente, la vida común.

Están en marcha, nuevos estilos de comunidades. Lo que en este caso, importa para la comunidad oblata, es conservar su identidad para que continúe siendo la levadura de la comunidad cristiana. ¿Qué significa esto, para nosotros? Lo primero vivir en comunidad y comprometernos con los votos de pobreza, castidad y obediencia. El objeto de estos votos es liberar a la persona para que sea capaz de amar y de compartir. Nuestra comunidad incluye también necesariamente el sacerdocio, puesto que su misión es la plena evangelización del Pueblo de Dios, con la esperanza de presidir una asamblea reunida para celebrar la Eucaristía.

19. Hay que abordar también seriamente, la cuestión de la pertenencia no jurídica a la Congregación. El Capítulo, ha recomendado encarecidamente la Asociación Misionera de Ma. Inmaculada,

como uno de los medios de afiliación a la Congregación (Estrc. adm. n. 42). Podemos mencionar también los catequistas que trabajan en nuestras misiones, los colaboradores laicos, casados o no, los jóvenes orientados a nuestro género de vida, los que desean asociarse temporalmente a nosotros, los que han dejado nuestro instituto, pero piden una cierta ligazón con nosotros, para proseguir su vocación misionera. Si se considera la Congregación, como un núcleo, en derredor del cual se reúnen otras comunidades, este género de relaciones, puede ser útil. No obstante, la cuestión, es bastante compleja; no temamos tenerla en cuenta.

20. La incorporación de oblatos más jóvenes, a las comunidades existentes, reclama un cuidado esmerado. Tienen mucho que aprender pero también pueden aportar mucho. No hay que ponerse nerviosos, cuando vienen con muchas preguntas a flor de labios, porque po-

Los jóvenes

demos aprender mucho, solo con escucharlos. Como botón de muestra, he aquí algunas cuestiones elaboradas por un grupo de jóvenes religiosos; son unos interrogantes que les gustaría poner antes de incorporarse a una comunidad:

1. ¿cual es la actitud precisa de vuestra comunidad, ante problemas sociales propios del sector en que vivís (drogas, centros de reeducación solteras, antisociales)?
2. ¿Cuales son los medios precisos, que ella ofrece a sus miembros para compartir y profundizar sus experiencias de la fé (con los laicos, religiosas etc...)?
3. ¿De que manera se enfrenta vuestra comunidad, a la cuestión de la pobreza? (la sencillez ¿ocupa lugar destacado? ¿Como comparte bienes y salarios?.

10. Para proclamar el evangelio, muchos oblatos, viven solos o en grupos mi-

núsculos. Esta situación, apenas facilita la expresión de su solidaridad con la vida común. No olvidemos, sin embargo, que la comunidad oblata es ante todo, un compañerismo en la participación de la fé, de los valores, de los bienes y de los trabajos. Esto puede vivirse en una comunión vital, aun no viviendo juntos bajo un mismo techo. Lo que da vitalidad a la comunión de espíritu, es el « cor unum » mas bien que la proximidad física. Hay que anudar fuertemente los lazos que unen a esos oblatos, para que se junten a menudo en reuniones, de distritos o sectores: hay que suministrarles los informes que atañen a los oblatos y darles la oportunidad de participar en las decisiones. El mejoramiento hodierno de las comunicaciones, ofrece muchas posibilidades que deben aprovechar las misiones. Que los Oblatos aislados, estrechen sus lazos con el pueblo con el que forman una verdadera comunidad, al mismo

**Oblatos que
viven solos**

tiempo que refuercen sus relaciones con la comunidad mas próxima.

CONCLUSION

22. Misión y comunidad, tal es nuestra vocación. No es facil ser fiel a ella en nuestros días. La renovación de la comunidad, es, parécenos, un objetivo que reclama la acción, a todos los niveles. Todos a una debemos consagrarnos a esa tarea. El gobierno central y las autoridades provinciales y locales, deben sentirse profundamente obligados, ya que están de manera particular, al servicio de la comunidad.

23. Toda renovación, implica una orientación misionera. No es la panacea de todas las dificultades, pero sí, un medio privilegiado para un nuevo impulso, sin olvidar jamás, que ningún esfuerzo de renovación comunitario, puede ser eficaz si no se tiene en cuenta la función apostólica de cada comunidad. Una ver-

dadera comunidad, es una celula viviente, capaz de crear en torno a sí, comunidades en un frente más amplio, tanto en la iglesia como en el mundo. Solo en este contexto podemos abordar los problemas internos que actualmente nos preocupan. En la medida en que nuestras comunidades no se contenten con falsas apariencias, sino que ofrezcan una verdadera fraternidad, abriremos un camino, modesto pero verdadero, a la comunidad universal de todos los hombres que es el Reino de Dios (Ap. 21).

24. El último día del Capítulo, el Padre Deschâtelets, con un entusiasmo inspirado, predijo que el Espíritu Santo, haría maravillas por medio de la Congregación, en los años venideros. No hay razón para creer que esto no se realizará. Teniendo ante los ojos los ejemplos de nuestros predecesores, plétóricos de ánimo y valor, con corazón abierto a lo que quiera el Espíritu Santo realizar por nosotros, « con una con-

fianza sin límites » como la del P. Fundador, « unidos en la oración con María, la Madre de los Apóstoles », por medio de nuestras comunidades, podemos cumplir la parte que nos corresponde en el advenimiento del Reino de Dios a los pobres.

Vuestros hermanos, en Consejo General

Roma, octubre de 1972.